

CAPÍTULO XII

Investigacion propia

I

La aspiracion al ideal de la ciencia y el amor al progreso nos llevarán á investigar los objetos por nosotros mismos con detencion y amplitud. En este capítulo trataremos de la investigacion propia, reservando el que sigue para la investigacion amplia y detenida.

Al estudiar la tradicion científica, no debemos adherirnos á las doctrinas contenidas en la misma por la sola autoridad del que las haya enseñado. Ni áun delante del sabio de más vasta y penetrante inteligencia debemos inclinar la frente de tal modo que con sólo saber que él ha profesado una doctrina hayamos de tenerla por cierta y verdadera. El *Iipse dixit* no debe ser el principio práctico de quien aspire al ideal de la ciencia, de quien dirija sus esfuerzos á alcanzar una ciencia pura, amplia y elevada. El sabio más distinguido puede errar é inducir en error á quien le siga ciegamente. Puede asimismo ver una parte muy limitada del contenido de un objeto, y creer que lo ha visto en toda su plenitud: con lo cual privará de amplitud y elevacion á la ciencia de los que se contenten con las investigaciones hechas por los demas, y con los resultados obtenidos por ellos.

Con el estudio de la tradicion científica y el respeto á la misma hemos de aunar la investigacion propia, el examen de los objetos hecho por nosotros mismos. El procedimiento en el cual uno examina los objetos por sí mismo, con su propia razon, es conocido con el nombre de *método racional*; al paso que

el opuesto, en el cual uno se contenta con la autoridad de otro y por ella se adhiere á una doctrina, es llamado *método autoritativo*.

Gran desatino se comete despreciando la tradicion científica y cerrando los ojos á la luz que tantos sabios eminentes han derramado sobre los campos de la ciencia; pero tambien se comete un desatino escondiendo la luz propia, la que nos pone en disposicion de recorrer esos mismos campos.

Quien esconda esta luz, y no investigue los objetos por sí mismo dejando de emplear el método racional, se crea un poderoso obstáculo para la aproximacion al ideal de la ciencia. Para esta aproximacion es necesaria la investigacion propia, ora se considere el sujeto que va en pos del ideal, ora se consideren los objetos cuyo conocimiento ha de alcanzarse.

El ideal de la ciencia es el conocimiento más noble, tanto por parte del cognoscente, como por parte de los objetos conocidos. Y el conocimiento no tendrá tal nobleza, si no incluye evidencia del objeto mismo, y si no tiene la mayor estension objetiva, y la mayor reduccion á la unidad. Una conjetura, una sospecha, una opinion probable son ménos nobles que un conocimiento evidente. Éste, suponiendo mayor luz en el sujeto, envuelve por parte de ese último mayor perfeccion y nobleza que aquellas otras clases de conocimiento. Por tanto, siendo el ideal de la ciencia el conocimiento más noble, ha de ser tambien un conocimiento evidente.

Puede la evidencia recaer, no sobre el objeto mismo, sinó sobre algo que le pertenece, sobre una cualidad ó condicion suya, como la de ser creíble ó de ser verdadero. Esto sucede cuando uno asiente de una manera razonable á la verdad de un hecho por el testimonio de otro hombre. Aunque se conozcan evidentemente la ciencia y la veracidad del que atestigua el hecho, no por esto se ve el hecho mismo. Hay evidencia de que aquel hecho es verdadero, y por lo tanto creíble, pero nada más. La autoridad del que lo atestigua no basta para ponerlo bajo la accion de los sentidos ó de la vision intelectual. No cabe duda en que la evidencia del objeto mismo es más noble que la de su credibilidad ó verdad; puesto que la primera de estas

dos evidencias tiene fuerza para alcanzar el objeto, á lo cual no basta la segunda. Además, ésta ha de contentarse con algo que pertenece al objeto, mientras la primera penetra á veces en lo íntimo del mismo. Por esto juzgamos todos que haber visto la ciudad de Londres es cosa mejor que saber su existencia por el testimonio de otros, y que ver la esclusión del no sér en el sér mismo, en lo íntimo del sér, es más noble que conocer esta esclusión por la autoridad de un sabio. Estas consideraciones nos enseñan que el ideal de la ciencia ha de ser un conocimiento evidente del objeto mismo, y no tan sólo de su credibilidad.

No hay para que esforzarse á probar que en el ideal de la ciencia ha de estar contenida la mayor estension objetiva, toda vez que es una verdad harto manifiesta. En igualdad de circunstancias el sabio que ménos cosas conoce es considerado inferior al que conoce más; una ciencia vastísima escita admiracion y entusiasmo que no escita una ciencia muy limitada; una ciencia que no tenga la mayor estension objetiva, no despertará el entusiasmo que despierta el ideal de la ciencia.

Lo que decimos de la estension objetiva, podemos decirlo también de la reduccion á la unidad. Esta reduccion, esta inclusion de muchos conocimientos en uno, es un bien; porque un solo medio equivale á muchos, y un solo acto es poderoso para alcanzar lo que muchos otros alcanzan por junto. Las ciencias naturales se elevan á mayor perfeccion á medida que reducen las leyes especiales del universo á menor número de leyes generales; la metafísica avanza también siempre que puede ver sus principios en menor número de objetos abstractos, reduciendo de este modo la multiplicidad á la unidad del contenido de tales objetos. Por esto la ciencia más noble y elevada contendrá la mayor reduccion á la unidad.

Ahora bien; la falta de investigacion propia impide por todos estos conceptos que nuestra ciencia se acerque á la perfeccion del ideal. En primer lugar, impide muchas veces la evidencia del objeto mismo. Para llegar á esta evidencia es necesario que examinemos, ya percibiendo los objetos por medio de los sentidos, ó mirándolos por medio de la inteligencia; ya discurriendo sobre las cosas percibidas por medio del sentido,

ó vistas intelectualmente. En el último caso llegamos á conocer los objetos con evidencia mediata, y en los otros dos con evidencia inmediata. Si en vez de examinar los objetos por nosotros mismos, nos contentamos con el exámen que otros han hecho, no seremos nosotros quienes lleguemos al conocimiento evidente de los objetos. Si por falta de exámen propio nos adherimos á una doctrina únicamente por la autoridad de otro que la haya investigado, reservaremos para éste la evidencia superior, la de la doctrina misma, y nosotros nos quedaremos con la de su credibilidad.

En segundo lugar, esta falta de exámen propio coarta la estension objetiva de la ciencia, y su reduccion á la unidad. Según atestigua la esperiencia, muchas veces un observador, al mirar un objeto examinado ya por otros, descubre hechos ó propiedades que aquéllos no habían acertado á ver. Otras veces un sabio tiene la fortuna de descubrir un hecho del cual, como de su causa, se derivan otros muchos, ó una ley que abarca muchas otras ménos generales. Las investigaciones de Keplero le llevaron á conocer las leyes del movimiento de los planetas; las de Newton hicieron que éste conociese el medio de reducir las á la unidad, ó sea la gravitacion universal. Á nuevas investigaciones son debidos los conocimientos más universales y más vastos que continuamente se adquieren en el terreno de las ciencias naturales. Suprimanse estas nuevas investigaciones, téngase por suficiente la enseñanza y la autoridad de nuestros predecesores, y entónces la ciencia dejará de adquirir grande estension objetiva é importante reduccion á la unidad.

Y no puede ménos de ser así, supuesta la limitacion del hombre, y la especialidad y determinacion de su aptitud intelectual. Siendo el hombre limitadísimo por la brevedad de su vida, no tiene tiempo para examinar todos los objetos y todo su contenido. Es necesario que el exámen empezado por uno sea continuado por muchos otros, si no hemos de contentarnos con una ciencia de muy escasa estension objetiva. Por ser el hombre limitadísimo en su inteligencia, no puede uno solo abarcar con su exámen los objetos que podrán abarcar otros dotados de mayor concentracion y energía, ó auxiliados de me-

dios más poderosos.—Añádase á esto que cada hombre tiene su aptitud especial; que aun las disposiciones semejantes se distinguen por delicados matices, como las facciones de rostros parecidos. La multiplicidad y variedad de objetos juntas con la multiplicidad de contenido de uno solo, no pueden ser alcanzadas por la capacidad especial y concreta de un solo hombre; son necesarios muchos para que puedan alcanzar lo objetivo accesible á todos ellos, y lo objetivo acomodado á la aptitud especial de cada uno. De esto se deduce que, á medida que la investigacion se concentre en menor número de sabios, habrá ménos aptitud para conocer los seres y sus leyes; se conocerán ménos objetos, y ménos leyes generales.

Si la falta de investigacion propia es una rémora para la aproximacion al ideal de la ciencia, porque priva de uno de los *medios* necesarios, lo es tambien porque mengua la *aptitud* conveniente para dicha aproximacion al ideal. Muchas veces la investigacion propia nos lleva á adquirir conocimientos vastos, conocimientos evidentes de objetos muy nobles y de principios altísimos. En semejantes conocimientos tenemos ocasion de contemplar la hermosura y grandeza de la ciencia; admiramos á ésta, nos entusiasmamos por ella, y aspiramos con ardor á conseguirla. Y dada una aspiracion ardiente se tiene mayor aptitud para alcanzar un bien, toda vez que aquélla induce al empleo de los medios necesarios para este fin. Además, la investigacion propia, ejercitando las facultades intelectuales, produce en ellas facilidad y prontitud para sus actos, y con esto, mayor aptitud en el sujeto que camina hacia el ideal de la ciencia. La falta de investigacion propia, disminuyendo las ocasiones de avivar la aspiracion, y dejando ménos ejercitadas las facultades intelectuales, ha de menguar necesariamente la aptitud mencionada.

II

La investigacion propia no sólo es necesaria para la aproximacion al ideal de la ciencia, sinó tambien sumamente útil para el engrandecimiento moral. El que examina los objetos por sí mismo, adquiere la ciencia con su trabajo, y en parte es la causa de su engrandecimiento y elevacion intelectual. Semejante causalidad es una gloria para el que la tiene; puesto que revela su fecundidad en un órden elevado como el de la ciencia, y en un grado eminente dentro de este órden, si hay aproximacion al ideal.

Además, la investigacion propia exige muchos y penosos sacrificios de parte de quien aspire á un alto grado de ciencia. La multitud de investigaciones necesarias para el logro de semejante fin, unidas á la brevedad de la vida del hombre y á la limitacion de sus facultades, inducen muchas veces á la abstraccion y á la concentracion; á mucha concentracion en el fin apetecido, y á mucha abstraccion de los otros fines. Abstraccion y concentracion que traen consigo una serie interminable de sacrificios en el alejamiento de una vida de placeres, en el desprendimiento de las riquezas, en los esfuerzos de aplicacion al estudio, y en el quebranto de las fuerzas corporales. Esta cadena de sacrificios arguye un alma noble y grande: un alma que arde en amor por una ciencia eminente, que es generosa para sacrificar en aras de la ciencia bienes muy preciados, que es potente para domeñarse y mantenerse encerrada dentro del círculo trazado por el objeto de sus amores.

Lo que acabamos de esponer demuestra que la investigacion propia promueve el bien científico y moral del individuo que investiga; y lo que ahora diremos enseñará que tambien contribuye al órden y engrandecimiento del universo. Con la investigacion propia se realizan las leyes de adquisicion y transfusion no sólo entre un sabio y otro sabio, sinó tambien entre éste y los seres que son objeto de su investigacion. Da el sabio

mayor estension á su vida, cuando no contentándose con las comunicaciones de otros sabios, trabaja por adquirir y engrandecerse con las comunicaciones de los demas seres. Savia para su vida encuentra en las primeras; y savia abundante encuentra tambien en las segundas. En éstas adquiere el sabio una vida que sin ellas no pudiera alcanzar: la vida de conocimientos vastos, comprensivos y evidentes.

Respecto del que examina los objetos por sí mismo, éstos realizan la ley de transfusion, haciéndose de alguna manera presentes á sus facultades cognoscitivas. Entónces obran los objetos conforme á la tendencia que tienen á comunicarse, y con sus actos revelan este impulso amoroso. Entónces tiene cumplimiento aquella especie de deseo que San Agustin, hablando de los objetos corporales, espresaba de este modo: «Formas suas quibus mundi hujus visibilis structura formosa est, sentiendas sensibus praebent, ut pro eo quod nosse non possunt, quasi innotescere velle videantur (1).»

Son innumerables los objetos que se comunican por este impulso de amor, lo son tambien los sujetos á los cuales se comunican, y es variadísima la gradacion en la cual esta comunicacion tiene lugar segun las propiedades de los objetos y la capacidad de los sujetos que los examinan. Bellas son estas comunicaciones por el amor que encierran, bellas por la variedad de sus matices, y grandiosas por su estension incalculable. Noble y fecunda es, por consiguiente, la actividad del sabio, que de este modo coopera al órden y engrandecimiento del universo.

III

Los escolásticos enseñaron el método racional cuya necesidad acabamos de probar, y estuvieron muy léjos de prescribir en el terreno de la filosofía la ominosa servidumbre conte-

(1) *De Civitate Dei*, lib. XI, cap. 27, n. 2.

nida en la manoseada frase: *Magister dixit*. Para convencerse de esta verdad basta leer los principales doctores de la Escuela en aquellos lugares en que han hablado de la investigacion filosófica.

Santo Tomas de Aquino, tratando de la necesidad de una ciencia fundada en la revelacion divina, la distingue de la filosofía en cuanto enseña que el medio para llegar al conocimiento en la filosofía es la investigacion hecha por la razon humana: *...Philosophicas disciplinas, quae ratione humana investigantur* (1). En otro lugar, esponiendo la diferencia entre la teología y la filosofía, dice que el filósofo toma sus argumentos de las causas propias de los seres, lo cual envuelve exámen ó investigacion de las mismas: *...Philosophus argumentum assumit ex propriis rerum causis; fidelis autem ex causa prima, utpote quia sic divinitus est traditum...* (2). Aunque el santo doctor enseñe la necesidad moral de la revelacion divina respecto de las verdades religiosas del órden natural, no es para *suprimir* la investigacion racional en la filosofía, sinó para ausiliarla; porque sin este auxilio *veritas de Deo per rationem investigata, a paucis et per longum tempus et cum admixtione multorum errorum homini proveniret* (3).

San Buenaventura, enumerando y describiendo los medios que tenemos para llegar al conocimiento de la verdad, pone entre ellos respecto de las verdades filosóficas la luz de la razon, á la cual llama luz interior porque investiga las causas interiores y escondidas valiéndose de los primeros principios. «*Tertium lumen quod illuminat ad veritates intelligibiles perscrutandas est lumen cognitionis philosophicae, quod ideo interiorius dicitur quia interiores causas et latentes requirit, et hoc per principia disciplinarum et veritatis naturalis quae homini naturaliter sunt inserta* (4)».—El mismo Santo enseña que nuestro entendimiento en sus juicios ha de regirse por los conceptos

(1) *Summa Theol.*, p. I, q. 1, art. 1, corp.

(2) *Summa cont. Gent.*, lib. 2, cap. 4.

(3) *Summa Theol.*, *ibid.*

(4) *De Reductione artium ad Theolog.*, p. 2, Opp., t. VI, ed. Mog., 1609.

que forma de las cosas: conceptos que unas veces se refieren á objetos materiales, otras á objetos abstractos, y otras en fin son imitaciones de los tipos ideales existentes en el entendimiento divino... «Intellectus noster dirigi habet in iudicando secundum rationes formales: et hae tripliciter considerari possunt, vel in comparatione ad materiam, et sic dicuntur rationes formales; vel in comparatione ad animam, et sic dicuntur intellectuales, vel in comparatione ad divinam sapientiam, et sic dicuntur ideales (1).» No pudiera el entendimiento tener para sus juicios la norma señalada por San Buenaventura, si no investigara los objetos para formar los conceptos correspondientes á los mismos, y sin aquella norma no llegaría á los conocimientos ciertos y evidentes que constituyen la ciencia.

La doctrina contenida en estos pasajes la confirmaron con sus hechos los grandes filósofos de la Escuela. Nos han legado monumentos imperecederos, los cuales son el resultado de amplias y profundas investigaciones propias. Basta mirarlos detenidamente para encontrar señales inequívocas de tales investigaciones, ora en la novedad del orden, de las teorías y de los puntos de vista, ora en la exposición y crítica de las opiniones sostenidas por otros pensadores. Insignes escolásticos escribieron sobre Aristóteles, sobre el Maestro de las sentencias y sobre Santo Tomas de Aquino, comentarios en los cuales revelan su propia investigación con las luminosas esplicaciones que dan á cada paso, y con la solución de muchas dificultades de los libros que esponen. Hasta cuando se trata de Aristóteles, á quien por antonomasia llaman el filósofo, dan á conocer que están léjos del servilismo que muchas veces se les ha echado en cara. No consideran las doctrinas de Aristóteles como el *Non plus ultra* para la inteligencia humana; ántes enseñan que la ciencia ha progresado despues de Aristóteles, y que puede progresar todavía; además, califican de errores varias opiniones profesadas por él, no vacilando en tales casos en abandonarle y en abrazar la doctrina opuesta. No queremos decir con esto que entre los

(1) Ibid.

escolásticos, ni aún en las épocas de decadencia, no haya habido quienes descuidaran la investigación propia, y tuvieran una adhesión exagerada á la enseñanza de sus maestros; pero los que tal hubieren hecho, no siguieron la doctrina ni los ejemplos de los grandes doctores de la Escuela.

CAPÍTULO XIII

Investigación amplia y detenida

I

Quien aspire á caminar hacia el ideal de la ciencia, ha de examinar los objetos y las cuestiones por sí mismo, y no como quiera, sino de un modo amplio y detenido. La amplitud del exámen exige que los objetos y cuestiones no sean estudiados parcialmente, sino bajo diversos puntos de vista; al paso que la detención requiere que el exámen no sea rápido, sino pausado, y que muchas veces se repita el exámen de un objeto con la mira de descubrir lo que ántes no se haya visto.

La amplitud del exámen es necesaria para la extensión objetiva de la ciencia. Siendo la investigación propia el origen de los conocimientos evidentes, cuanto más amplia sea aquélla, tanto mayor será el número de éstos. El que no haga investigaciones amplias, renuncia con esto al conocimiento de innumerables propiedades de los objetos, de relaciones de los mismos, y de crecido número de seres á los cuales éstas alcanzan.

La necesidad de la amplitud de la investigación se funda en la multiplicidad de contenido de los objetos. Tienen éstos su ser constitutivo, sus fuerzas, sus propiedades, sus relaciones, y á veces estensísima esfera de acción y receptividad asombrosa. Por manera que causa maravilla el ver cuánto podemos consi-

derar en un objeto, aunque parezca de poca monta. Dada esta multiplicidad de contenido, tenemos necesidad de amplias investigaciones, si queremos adquirir una ciencia cuya estension se vaya acercando á la inconmensurable de los objetos.

La detencion en el exámen es necesaria para la pureza de la ciencia, como tambien para su estension objetiva. La observacion de nosotros mismos nos enseña que un exámen precipitado nos ocasiona á confundir los objetos, y por lo tanto á caer en errores. Así, al mirar rápidamente varios objetos sensibles, muchas veces confundimos los colores, ó atribuimos á un objeto las propiedades de otro. Tambien enseña la observacion que con un exámen rápido dejan de conocerse propiedades importantísimas de un objeto, á causa de lo cual se cae en error tocante á su naturaleza: error que pudiera evitarse con un exámen más detenido. En tales casos hay ignorancia y error á la par. En otros habrá no más que ignorancia, porque no se harán deducciones que exijan el conocimiento de las propiedades descuidadas en el exámen precipitado. Cuánta ignorancia resulte de tal exámen, podemos conocerlo por los hechos siguientes: 1.º volviendo á examinar los objetos examinados ya rápidamente, quedamos muchas veces sorprendidos con la multitud de conocimientos que de nuevo adquirimos; 2.º aunque hayamos examinado un objeto con detencion, y consignado por escrito las ideas adquiridas sobre el mismo, si despues de algun tiempo volvemos á examinarlo, á veces descubrimos en él propiedades ó relaciones de alta trascendencia. Así, pues, de la falta de exámen detenido resultan errores é ignorancia; y por consiguiente, dos grandes defectos en nuestra ciencia, á saber, falta de pureza y de estension objetiva.

Como causas de las funestas consecuencias de un exámen precipitado deben señalarse el múltiple contenido de los objetos, y la flaqueza de la razon humana. Aquel rico contenido no podrá conocerlo sinó parcialmente y con mezcla de errores una inteligencia de corto alcance que lo examine con precipitacion. Ahorraría el hombre gran trabajo y molestia, tendría su frente circundada de una nueva aureola, si pudiese de una mirada abarcar los objetos en toda su estension y profundidad. Pero

eso no le está concedido: ha de sudar no sólo para el logro de los bienes materiales, sinó tambien para el de los espirituales, tanto del órden de la naturaleza como del órden sobrenatural. Las inspiraciones espontáneas que á veces iluminan la mente del hombre sin esfuerzo suyo, no son la regla, sinó la escepcion; ademas de que únicamente suelen descender sobre los que se han distinguido ya por su actividad intelectual. Careciendo el hombre de aquella mirada vasta y penetrante, no recibiendo por lo comun estas inspiraciones espontáneas, siendo tan limitado en medio de su grandeza, ha de trabajar mucho y darse á detenidas investigaciones, si quiere alcanzar una ciencia eminente. Pretender que ésta se ha alcanzado sin gran trabajo é investigacion, es engañarse á sí mismo ó á los demas: es engañarse á sí exagerando el mérito de la ciencia alcanzada, ó engañar á los demas ocultando sus propios sudores para satisfacer una pueril vanidad.

II

La investigacion amplia y detenida lleva muchas veces á la duda. Impelidos por el deseo de examinar ampliamente un objeto ó una cuestion, nos ponemos á considerar las doctrinas que *pudieran* sostenerse sobre aquel particular, la doctrina afirmativa, la negativa, y las diversas modificaciones de que una misma doctrina es susceptible; ó bien nos dedicamos á un estudio histórico, escudriñando las doctrinas que *de hecho* se hayan enseñado tocante al objeto de nuestro exámen. De ahí muchas veces la duda á causa de descubrirse diversidad de pareceres, y de razones y autoridades á favor de unos y otros.— Examinando detenidamente una doctrina, descubrimos dificultades que al principio no habíamos conocido, y por ellas nos vemos precisados á suspender nuestro juicio. No queriendo precipitarnos, resolvemos oír á los litigantes, y examinar las razones que unos y otros aducen á favor de sus doctrinas. En estos casos el entendimiento queda vacilante y dudoso á causa

de las dificultades descubiertas por nosotros mismos, ó de las razones alegadas por los sostenedores de opiniones encontradas.

El entendimiento ha de vencer estas dudas y llegar á la certeza, en cuanto pueda conseguirlo; porque de este modo adquiere conocimientos más nobles, y se acerca más al ideal de la ciencia. La aspiracion á este ideal alienta y avigora para emprender los trabajos y hacer los sacrificios necesarios para vencer la duda y llegar á la certeza posible. Aspirando al ideal de la ciencia, buscaremos conocimientos evidentes, que son incompatibles con la duda, y constituyen un triunfo sobre la misma.

La aspiracion al ideal de la ciencia incluye el deseo de una ciencia vasta y exenta de errores. Semejante deseo lleva á una investigacion amplia y detenida; y ésta da el fruto de la aproximacion al ideal, pero tambien las espinas de la duda. No es de necesidad absoluta que la aspiracion al ideal, y la investigacion amplia y detenida engendren la duda en el espíritu; la engendran accidentalmente á causa de la limitacion del entendimiento humano, porque no encuentran en éste fuerza suficiente para producir la evidencia desde luégo y en todos los casos. La aspiracion al ideal, semejanté á la lanza de Aquiles, que podía curar las heridas que hubiese hecho, es potente y fecunda para remediar muchas veces este mal de la duda que accidentalmente ha producido. Por semejante aspiracion se va á la ciencia y á la duda tambien, por ella se levanta el espíritu, y muchas veces triunfa de la duda, y agranda la ciencia adquirida anteriormente.

CAPÍTULO XIV

Método: tres momentos

La aspiracion al ideal de la ciencia, induciéndonos al empleo de los medios necesarios para alcanzarlo, no sólo ha de llevarnos á la adopcion de los principios prácticos que dejamos espuestos, sinó tambien al empleo del método exigido por aquel fin. Este método ha de comprender tres momentos: empírico el primero, abstractivo el segundo, y deductivo el tercero.

Habiendo tratado de este mismo asunto en nuestra *Demonstracion de la armonía entre la religion católica y la ciencia*, copiamos á continuacion lo que allí espusimos sobre este particular.

I

«.....Observamos por medio de ciertos sentidos, percibiendo diversos objetos; abstraemos, prescindiendo de alguna determinacion, y produciendo un concepto que espresa lo general; por fin deducimos, aplicando algun principio general á los hechos empíricos, y viendo en ellos lo que no viéramos sin el auxilio de los principios. En el primer momento alcanzamos el objeto en su conjunto; en el segundo lo consideramos bajo un aspecto no más; y en el tercero empleamos los otros dos juntamente para descubrir alguna propiedad ó condicion del hecho experimental: el primero es sintético, el segundo analítico, y el tercero una union de los dos. De ahí proviene que se les pueda designar con los nombres de tésis, antítesis y síntesis, y que resulte una ley triádica en el procedimiento científico.